



CAPITULO VIII

Era fatal

Juana y Darnot esperaban á Francisco, con el cual estaban citados en la cervecería del Splendid-Hotel, avenida del Alma.

Era una noche cálida de principios de Julio. Dos ventiladores de cobre zumbaban á los lados del mostrador, en el que los camareros vestidos de blanco preparaban bebidas heladas y alcohólicas para que las saborearan lentamente los elegantes parroquianos de cabezas de *jockeys*.

Sentados en profundos sofás de cuero, en el fondo del local, separados de los demás concurrentes por tabiques de madera, Juana y su fiel Marcos tenían el aspecto de dos cómplices. Ella estaba vestida de piqué blanco, extremadamente pálida y bonita bajo un gran sombrero de paja negra. El la miraba disimuladamente con sus ojos ágiles, ó bien se quedaba contemplando la botella de Champaña que tenían en la mesa, y de la cual maquinalmente iba despegando la etiqueta dorada.

Juana bostezó y se estiró, y después hizo sonar sus dedos despojados de sortijas, preguntando:

—¿Qué hora es?... ¿Qué hará Francisco, Dios mío?...

El secretario la mostró el reloj y dijo:

—Las once y media... Sin duda en este momento está ganando dos ó tres... ¡Ah, á pesar del proverbio, no está de vena!

Juana no recogió el estúpido chiste. No tenía el corazón dispuesto á la risa y á la burla. Desde hacía diez días estaban los tres en completa ruína y amenazados de embargo. Ninguno de sus proyectos había dado resultado. Su mala sombra apartaba de ellos en el momento en que la creían ya segura toda posibilidad de prosperar. Pablo de Fonteroy, el recurso que tenían ordinariamente, parecía próximo á abandonarlos, renunciando á una querida demasiado cara y ávida. Aquella misma mañana había marchado para el *Mas-bleu*, con pretexto de regularizar la compra de aquella posesión, pero con la intención encubierta de hallar decisión en los consejos de su padre para una ruptura definitiva que él no osaba consumir solo. Indudablemente el viejo le decidiría, como le había decidido á negar el regalo del pequeño hotel á aquella á quien creía amar. La gallina de los huevos de oro volaba, y esto era la ruína, el desastre. Darnot lo comprendía, y su pensamiento iba del odio celoso que le inspiraba Fonteroy, al miedo que le daba verse reducido á la mendicidad. Hacía una semana que venía catequizando á Juana, empleando cuando la astucia, cuando la violencia para determinarla á dar un golpe que de una sola vez los enriquecería y los libertaría. Conocía su poder so-

bre ella, poder que no reconocía límites, más que en las cosas de sentimiento. Además estaba dispuesto á usar de los peores medios, si la joven no se decidía.

—Juana...

—Marcos...

—Nuestros recursos están agotados. Ni Clotilde Aubryet, ni la tía, ni el padre, ni la madre, ni la duquesa, ni ese viejo bestia de Ursneur, ni la Montmelian, ni nadie nos prestará ya un céntimo... ¿Comprendes?...

—Perfectamente.

—Tu sabes también que el sastre, Renovoi, Heinsdruck y las hermanas Hostein, nuestros más importantes acreedores, son inhumanos. Nos van á embargar y nos pondrán en la calle.

—Es más que probable.

—En fin, tu reconoces que Pablo de Fonteroy acuerda en este momento con el canalla de su padre, abandonarte, dejándonos con el agua al cuello, cuanto antes... ¿Y esto nó te dá gana de coger los setecientos mil francos que ese maniático tiene en su casa, según su propia confesión, escondidos en alguna parte, mientras él conspira contra nosotros en el *Mas-bleu*?... El no se los ha llevado consigo, seguramente, puesto que pensaba volver dentro de seis días... Yo creo que sólo por ellos vuelve. Si aprovechamos su ausencia, saldremos de una vez de ahogos, seremos ricos, viviremos tranquilos... y á fe de Darnot que, puesto que parece que mi morro te estorba, partiremos como buenos hermanos y no volveréis á oír hablar de mí.

Terminado este discurso se echó sobre la mesa con su aspecto de bestia feroz. Mientras hablaba,

aunque fuera en voz baja, no podía dejar de arrastrar las *rr*, lo que endulzaba algo su crueldad.

Esperaba una negativa como otras que había dado Juana á sus proyectos, y ya preparaba nuevos argumentos, cuando con gran sorpresa vió á la joven sacar de un pequeño saco de malla de acero una llave brillante, que le mostró entre los finos dedos sin responder...

—¿Qué es, que es eso?

—¿No adivinas?... La llave del hotel del parque Monceau...

Marcos comprendió que su amiga estaba convencida, que desechaba los últimos escrúpulos.

—¡Admirable!... ¿Cómo has conseguido?...

—Hace un mes próximamente, figurándome que esto tendría que suceder, la metí en el bolsillo.. jugando... y después no se la devolví... Fue un juego útil... No hay más que dos como esta: la una la tiene Fonteroy y la otra la guarda Anselmo, su viejo criado.

—¿Y dónde está ese Anselmo?

—En Sevres con su madre, que se ha puesto enferma. Ha marchado al mismo tiempo que su amo. Los otros criados salieron para el *Mas-Bleu*. No hay nadie en el hotel.

—Entonces es la cosa más sencilla de lo que yo pensaba. ¿Tú sabes acaso también donde está el tesoro?

Juana hizo una mueca dubitativa y luego añadió:

—Por diversos indicios sospecho que está en la biblioteca... el embarazo de Fonteroy cuando yo revolví los libros... su empeño en no dejarme allí nunca sola... sus alusiones... las miradas de Anselmo á su amo... los cuchicheos que sorprendí entre

ambos... Pero no estoy segura... Dí, ¿lo estás tu de que no se nos puede oír aquí?...

Darnot se levantó, dió una vuelta por el local y volvió á sentarse flemáticamente.

—No hay nadie más que un inglés dormido en el tercer departamento de la izquierda... La biblioteca... Eso coincide con los informes que dió á Coco la vieja Levertat. *Sus tesoros no están en armarios... ni en cajas... deben de estar en sus librerías...* ¡Qué graciosa idea la de Fonteroy de no depositar su dinero en casa del notario!...

—Lo demás sí lo tiene depositado— repuso Juana vivamente. Es por precaución de avaro el guardar setecientos mil francos en su casa.

Darnot guiñó un ojo y dijo:

—Una buena precaución... Sin ella estaríamos frescos nosotros... Entonces... ¿cuándo, mañana?...

Juana, hasta este momento, sonriente y tranquila, empezó á temblar y murmuró:

—¿Estás decidido?...

Marcos recobró su aspecto terrible y respondió:

—¿Prefieres que vaya á robar á Ursneur... exponiéndome á... ¿No, verdad?... Pues entonces se acabaron las niñadas... Mañana.

—Sea ¿A qué hora?

—A las siete y media. Los vecinos estarán comiendo. Nadie se fijará. Entraremos tranquilamente.

—¿Y si alguien nos vé?...

—No harán caso... luego, como tu pasas con frecuencia por allí... Ea, ya está ahí Francisco, adoptemos las últimas disposiciones con él.

Francisco, efectivamente, entraba en aquel momento con su andar perezoso; iba á cuerpo y resal-

taba más su gordura de grasa; parecía hinchado. Su cara estaba arrugada como la de un viejo. Sus ojos sin luz reconocieron á Juana y Darnot y los miraron con una expresión de laxitud. Se aproximó á ellos, les estrechó las manos y dejándose caer en un sofá pidió un ajenjo. Ya había habido entre él y Darnot una conferencia previa acerca de la «expedición» de que acababan de tratar aquel y Juana.

—Eso ya está—dijo el secretario encendiendo un cigarro, y añadió:—Y todo marcha bien. Juana tiene una llave del hotel.

—Tanto mejor, pues nuestros negocios no son nada brillantes—dijo Francisco sin entusiasmo.

—¿Así estás, pobre viejo mío?...

Juana al hacerle esta pregunta, contemplaba á su marido con una piedad mezclada de disgusto. Por un acuerdo tácito no mediaba jamás entre ellos explicación alguna respecto á las relaciones de Juana con Pablo de Fonteroy. Nunca cuando ella volvía á casa á una hora avanzada, ó cuando la dejaba por dos días, la preguntaba Francisco de donde venía ó á donde iba, ni como empleaba su tiempo. Se guardaba, sin interrogarla, el dinero que ella le daba para pagar el alquiler, los diversos gastos. Era aquello la decadencia aceptada. Juana sabía que era muy débil y le veía desposeído de sentido moral. Hubiera admitido, el desgraciado, en su mujer, la prostitución completa, el robo, todo, con tal que le permitiera cerrar los ojos y disfrutar en paz de los beneficios. Sin embargo ella tenía curiosidad por saber como obraba él en esta nueva y peligrosa empresa, si tenía un movimiento de protesta, la veleidad de resistirse al borde de la síma.

Juana había hecho el sacrificio de su dignidad, de su honestidad personal, pero no había renunciado aun á todas sus ilusiones en cuanto á él, y ahora, al verlo dispuesto á la complicidad en el crimen en proyecto, la hizo daño... durante un segundo. Después pensó: «¡Si esto es así!...» y la conversación se animó.

Cuando estuvieron de acuerdo sobre todos los puntos, sobre esos mil detalles que, olvidado uno, se destruyen los planes mejor combinados, se brindó por el resultado, y los tres amigos se separaron.

Al día siguiente, que era martes, una tormenta de agua tibia caía sobre la ciudad. Hacia las siete y media de la tarde cesó la lluvia. En aquel instante Juana descendía de un coche, y después atravesaba el parque de Monceau á pié, sin prisa, alerta, á pesar del barro y de las gruesas gotas de agua que caían de los árboles. Todo estaba desierto. La joven bendijo la tempestad, que había echado á los niños de los jardines y á los porteros y criados de las avenidas vecinas, y se fijó en el arco iris que aparecía por encima del hotel de Fonteroy. Aunque muy alterada, introdujo con decisión la llave en la cerradura, abrió, entró, y dejó la puerta sólo arrimada, de modo que bastara empujarla desde fuera para poder entrar.

En este momento preciso, sola en el vestíbulo familiar, delante de la escalera sombría que conducía á los pisos altos, se dijo: «Soy una ladrona», y la frase tuvo para ella todo su alcance, con la perspectiva de huida y de drama. ¡Si la sorprendían!... ¡Si el viejo Anselmo volvía de Sevres, por casualidad!... Este era el mayor peligro. Su corazón palpitaba fuertemente. ¿Cómo explicaría ella

su presencia y la de aquellos dos hombres allí? Darnot la había dado hecha la respuesta: «Has sido encargada por Fonteroy de una comisión... Nosotros nos desenredaremos en seguida...» Evidentemente... una comisión... una carta pidiendo un libro, un documento. Anselmo estaba acostumbrado á verla circular libremente por casa de su amo. No se extrañaría mucho de verla allí... «Usted sabía que yo tenía una llave, ¿eh, Anselmo?...» Respondería así desde luego, evitando toda otra pregunta. Al fin, era muy sencillo. No hacía falta más que no turbarse.

Si todo iba bien, Fonteroy volvería á París á los pocos días,—inmediatamente correría á ver su tesoro y se encontraría con que se le habían robado. Ya entonces ellos estarían lejos, camino de la América del Sur. El equipaje estaba ya dispuesto. No había más que montar en el tren... Esto la hacía recordar otra huída, la de antaño, menos peligrosa, á España.

La pareció que la puerta se había movido. ¿Serían ellos ya? Pero no. Juana estaba en una semi-obscuridad, inmóvil, sin atreverse á dar luz ni á moverse de su sitio de observación antes que llegaran su marido y Marcos. En su imaginación había una confusión grande de temores y de proyectos. A la vez se sentía dichosa de llegar al fin, á la realización de esta empresa, que la atormentaba desde hacía algunas semanas, y aterrizada de acometerla en compañía de aquel terrible Darnot.

Este lo había previsto todo, como quien tiene costumbre de tales faenas, como quien no desconoce un secreto del medio de llevar á cabo los ro-

bos. Ella le dejaría obrar, limitándose á hacerle las necesarias indicaciones. Si se descubría el dinero tanto mejor; si no, el golpe en vago lo habrían dado todos juntos y nada tendrían que reprocharse. De todos modos se separarían después de aquello, y ella recobraría su libertad, no sufriría más sus ojos de metal, parecidos á dos cuchillos con los que la amenazaba y la perseguía y la entregaba á una pesadilla constante.

Oía el lijero gotear intermitente de los caños de los tejados después de la lluvia. Se distrajo, como ocurre muchas veces cuando la preocupación es muy intensa, y pensó en una tempestad que los había sorprendido en la sierra, cerca de Córdoba, una tempestad con relámpagos y truenos... Después la puerta se entreabrió sin ruido, y dos siluetas negras y furtivas aparecieron ante ella... Darnot volvió á arrimar la puerta é inmediatamente dijo:

—Es preciso dar luz...

—Pero si la ven desde fuera se extrañarán—objetó Juana con voz baja.

Eso no tiene ninguna importancia—repuso él—Pensarán que el criado ha vuelto. En París nadie se ocupa de sus vecinos...

En tanto que hablaba buscaba la llave de la luz eléctrica y habiéndola hallado, la escalera se iluminó de repente.

Juana entónces se fijó en la cara del bandido, friamente decidida, pero tan tranquila como la de un magistrado procediendo á ejecutar una diligencia de su cargo. Llevaba bajo uno de sus brazos una servilleta llena de diversos objetos. Evidentemente había bebido, á fin de entregarse más de corazón á la obra.

—No nos quedemos admirados—dijo convirtiéndose desde luego en jefe—y empezemos por la biblioteca, puesto que lo más probable es que esté en ella. Juana, guíanos. Si, lo que creo imposible, alguien entrara aquí mientras estamos ocupados allá, esta campanilla automática nos avisará. Tengo otra para la puerta de servicio. No hay más que ponerla como esta.

Y colocó junto al umbral una pequeña caja cuadrada. Juana estupefacta fué á poner la otra en el sitio indicado por Darnot, y volviendo en seguida echó á andar de nuevo guiando á los dos hombres. A cada descanso de la escalera daba luz, que los acompañaba, los atemorizaba y los tranquilizaba al mismo tiempo. En el segundo piso siguieron un estrecho corredor, recorrieron un grueso cortinaje y se hallaron en la biblioteca.

Esta pieza, vasta y alta como un taller, tenía una galería de cristales que daba sobre un jardín, la cual galería formaba ella sola la mitad de la fachada posterior del hotel. Juana descorrió las cortinas. Bajo la luz de una brillante lámpara de seis brazos, Marcos abrió su misteriosa servilleta, examinó una por una las herramientas que iba sacando, palancas, tenazas, trinchas, cuyas puntas y cortes ensayaba en sus uñas. Francisco se había sentado, entorpecido, en un sofá.

Satisfecho de su exámen, Darnot preguntó dirigiéndose á Juana:

—¿Se puede uno encerrar aquí?...

Ella hizo una señal negativa con la cabeza y luego añadió:

—Había una puerta detrás de la colgadura, pero no se hacía uso de ella nunca.

Marcos alzó las espaldas y con aspecto de preocupación empezó á mirar los numerosos estantes cargados de libros que cubrían los muros. Una escalera en cada rinconera conducía á una galería que daba vuelta á toda la biblioteca, á igual distancia del suelo y del techo.

De nuevo interrogó á su cómplice:

—¿Tú conoces esa galería?

—Casi nada. Se sube muy rara vez ahí. Está prohibido. Cuando yo desobedecía, él me parecía inquieto y furioso.

Darnot pensó durante un minuto; después se decidió:

—Debe estar allí, detrás de los libros. No hay más que echarlos todos abajo metódicamente. Tu te vas á encargar del lado derecho; yo del izquierdo. Francisco los recibirá á medida que caigan al suelo y los hojeará para asegurarse de que no están huecos. Los setecientos mil francos ocupan sitio, pero hay falsos diccionarios de metal que son verdaderas cajas, en que se puede guardar una fortuna. Una vez la pared desnuda, veremos si hay en ella algún escondrijo.

Cada uno ocupó su puesto de combate. Juana se quitó el sombrero. Francisco obedecía silenciosamente, como un sonámbulo. Con el interés de la investigación olvidaban poco á poco su miedo y las circunstancias trágicas en que se hallaban. Darnot para estar más suelto, se quitó la americana. El y Juana, de pié en la galería, en los dos extremos del salón, atacaban cada fila con orden, cogiendo uno á uno los volúmenes, que después echaban por encima de la balaustrada. Esto producía á intervalos fijos un ruido mate y monótono

alternado. Francisco los recogía, los sacudía y luego los apilaba á lo largo del muro. Los tres, dominados por la fiebre de los buscadores de oro, activaban su labor sin hablar.

—¡Atención, alto!—gritó Darnot.

Tenía entre sus manos un legajo de papeles que había tomado en el primer momento por un paquete de títulos. Se abrió y vió que eran cartas viejas que desparramó con desprecio. Esta forma de guardar las cosas daba, al menos, una noción de las costumbres de Pablo de Fonteroy. El dinero debía estar oculto de la misma manera. Aquel hallazgo escitó más y más el celo de los tres amigos. Francisco no tenía apenas tiempo de inspeccionar los libros que le echaban su mujer y el secretario. Llegaron á fatigarse todos y decidieron descansar un momento.

—¿Qué hora es?—preguntó Marcos enjugándose la frente.

—Las diez menos cuarto—respondió Francisco jadeante.

Emplearemos toda la noche, si es necesario, pero lo miraremos todo...

Cuando renovaron la faena Juana dió un grito de victoria:

—¡Aquí está... aquí está... ahí hay una caja, á la mitad del muro!...

Darnot descendió de su sitio, cogió algunos útiles de los que había llevado y fué á donde Juana. Entre los dos consiguieron, no sin dificultad, extraer una caja de metal, más ancha que larga, y la depositaron en la galería.

*
* *

Pablo de Fonteroy no había tomado el tren directamente para el *Mas-Bleu*, como suponía Juana. Se había detenido en Dijon el lunes para hablar en aquella ciudad con uno de los numerosos hombres de negocios que administraban su inmensa fortuna y sus múltiples propiedades. Allí había advertido que se le habían olvidado en casa, con la turbación de su marcha sentimental, no solamente su manuscrito filosófico, de que no quería apartarse nunca, sino también los documentos indispensables para las transacciones que proyectaba. Después de varias horas de perplegidad, una noche de insomnio y una mañana de tergiversaciones vanas, adoptó el partido de volver á París. Telegrafió á su padre á Arlés enterándole del contratiempo, al viejo Anselmo, su criado, á Sevres, ordenándole que se fuera inmediatamente al hotel del parque Monceau, y él mismo á las seis de la tarde, tomó el exprés que lo ponía en la capital á las once de la noche.

Las once y media daban, cuando un coche de alquiler dejaba á la puerta de su hotel al nervioso gentilhomme.

En este momento preciso Marcos, Juana y Francisco colocaban en la servilleta de Darnot los fajos de billetes azules que habían hallado en la caja. Los contaban á medida que los iban poniendo allí, tan tranquilos y seguros como los comerciantes que hacen sus balances á fin de mes.

Juana anunciaba alegremente «¡Ciento veinticinco mill!»... cuando la aterradora trepidación de un timbre eléctrico heló la cifra en sus labios y coaguló el gesto de Darnot.

—¡La campanilla!... Algúien ha entrado...

—¡Y no podemos cerrarnos aquí!...

—No puede ser nadie más que el viejo Anselmo.

—Silencio... ni una palabra más... yo apago!...

Dejadme hacer.

Los tres permanecieron mudos por unos instantes, conteniendo hasta las respiraciones, en la obscuridad. Los pasos de una persona se oían en la escalera. Una voz que reconocieron inmediatamente, apesar de estar alterada por la emoción, preguntó:

—¿Es usted, Anselmo?

Después se encendió una cerilla.

Juana y Francisco, locos de espanto, y como paralizados, oyeron al lado de ellos un golpe sordo, como de alguien que diera un salto, luego un gran grito, el ruido de una corta lucha que se libraba en las tinieblas, las imprecaciones roncadas del bandido, una queja, un estertor que disminuía...

—¡Alumbrad, alumbrad aquí!... ¡Ah el canalla!... Ya tiene saldadas sus cuentas.

En la claridad brusca, aguda, cegadora, Darnot apareció de perfil, en mangas de camisa, pálido, la boca entreabierta á través de su cara brillante, echado sobre el cuerpo estendido de Fonteroy. Le apretaba la garganta con las dos manos salidas de los puños, y se aplicaba á su obra como un cirujano ó como un verdugo, completándola en varias veces, sacudiendo contra el suelo la cara encendida y arrugada del conde.

—¡Déjale, Marcos!—suplicó Juana, y se lanzó hacia él, pero su vista se encontró con los ojos de la víctima, ensangrentados, saliéndose de las órbitas, velados ya de sombras, y no tuvo fuerzas más que para dejarse caer en el suelo sollozando, para apartar de sí aquella visión insoportable.

—¡Tu déjame, si no quieres!...—rugió Darnot, amenazante, á Francisco, que trató tímidamente de intervenir, y para abreviar la operación, con la palma de la mano dura y brillante como un martillo aplastó el cuello del infortunado Fonteroy. Las ternillas crugieron. La lengua salió por encima de la quijada humillada, por entre los dientes cubiertos de blanca espuma.

El asesino se inclinó á convencerse de la muerte de su víctima prestando oído al corazón, con una fisonomía satisfecha y feroz y murmurando como para él mismo: «¡Esto era fatal!» Después se incorporó, fué á buscar su chaqueta y la echó sobre la cara de Fonteroy. Juana lloraba en la misma posición de antes; Francisco apoyado sobre una silla exclamaba: «¡Dios mío, Dios mío!»

—Ahora... escapemos... al galope. Con una presencia de ánimo y una seguridad de movimientos extraordinarias, Marcos corrió á una ventana, la abrió, miró la noche negra, muda y húmeda, vió que por aquel lado era impracticable la huída por estar el jardín del hotel contiguo á otros y, volviendo á donde Juana, la sacudió por un brazo brutalmente.

—¡Ya llorarás mañana!... No perdamos un minuto... Id á salir por la puerta principal los dos juntos. Llave... todo está desierto... Yo me uniré á vosotros dentro de un cuarto de hora en el cruce de la avenida de Villiers y del boulevard... fijaos bien: cruce de la avenida de Villiers y del boulevard... En marcha... Es inútil dar luz para bajar; tu sabes el camino.

Tuvo que ayudarla él á ponerse el sombrero y clavar los alfileres que le sujetaban. El mismo tuvo